

ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA

Pablo Antonio Cuadra

Hispanoamérica ha sido crucificada sobre el cruce del destino universal. Su mano izquierda está clavada en España, sobre Europa, como un brazo de puente para la tradición. Su derecha está clavada en Filipinas, sobre Asia, como una orden que señala la misión.

Esa ha sido la obra de España. Colocar entre los cuatro puntos cardinales del mundo —en el encuentro y la partida de cualquiera futura empresa— el más claro fruto de su agonía ecuménica, el hijo de sus bodas de sangre con Roma, el mundo nuevo de la fe y de la esperanza: ¡Cristianoamérica!

Nuestra historia es pasión. Ocupamos la geografía como una cruz. Cruz o cruce de rutas. Cruz y cruce de sangres. Rutas y sangres que se han unido únicamente por la Cruz.

No ocupamos la geografía como un patio de recreo ni como una plaza de comercio.

No somos el «Continente de la Libertad».

No nos definimos por el continente, sino por el contenido.

Somos Hispanoamérica.

Cristianoamérica.

El contenido de una historia sagrada.

De una historia que comenzó en Roma, continuó en España, siguió hacia América, donde se detuvo un instante de siglos a incorporar el sentido total, en rutas y sangres, de lo ecuménico, y seguirá adelante, en marcha. Como una cruzada. Como los mismos Andes, que en su quietud colosal parecen avanzar en fila, en una lenta y mitológica peregrinación hacia la Cruz del Sur.

Para que llegara la Cruz hizo falta la espada.

Apenas olvidamos la cruz cae sobre nosotros la espada.

Pertenece a un mundo incómodo que se bambolea entre el templo y el cuartel. Entre la cruz y la espada.

Se nos acusa de ser fanáticos y de ser belicosos.

Hemos creído que el pueblo quiere a los curas y sigue a los militares por ignorancia y falta de civismo.

Nuestro pueblo sigue viviendo su historia. Y su sentido de la Historia es religioso y heroico.

Valora por la cruz y por la espada.

Lo que sucede con frecuencia es que usamos la cruz y la espada para engañarlo.

Tenemos un siglo de querer educar al pueblo. Y el pueblo insiste en no educarse.

Le dan un tratamiento de laicismo, y recae en su religiosidad.

Le dan un tratamiento de civismo, y en la primera decisión sigue al capitán y no al político.

El pueblo no quiere vivir sin Fe.

El pueblo no quiere moverse si no es por el heroísmo.

No queramos cambiar su tabla de valores. Démosle verdaderos valores.

La fe que busca. Y la vida heroica que le satisface.

Si no le damos la Verdad con toda decisión y con toda sinceridad, el pueblo, en vez de entrar a ese comedimiento cívico, a esa frialdad electoral a que parecen aspirar nuestros ideólogos democráticos, seguirá apasionadamente a quienes, inventando falsos dogmas y reduciendo lo heroico a grados primitivos de cacicato, lo engañen y confundan dándole ídolos en vez de cruz y mezuquinos puñales en vez de claras espadas.

Y espada no significa guerra.

Espada no es militarismo.

Es heroicidad.

Sentido heroico de la vida y de la historia. Y este sentido sólo lo da la fe.

Y la cruz es un estado teológico. No teocrático.

Mucho se habla de un catolicismo apolítico.

Pronto se hablará de un catolicismo acivilizado.

Si hay un catolicismo personal, debe haber un catolicismo familiar. Y si lo hay familiar, debe haberlo social. Y si lo hay social, debe haberlo estatal. Y si lo hay estatal, debe haberlo universal. Y ese movimiento creciente es uno de los significados de la palabra católico.

No hay razón para querer reconquistar las masas y no querer reconquistar los Estados.

Mientras un misionero conquista un alma, un Estado pervierte mil.

Si no damos la familia al diablo, no tememos por qué regalarle el Estado al diablo.

Y esta es la política. La verdadera política.

El reino de Dios no es de este mundo. Por lo mismo, el reino de este mundo nos debe de llevar al Reino de Dios.

Creo que ya podemos dudar de aquella lamentable e hipócrita consigna bélica: «Luchamos por la civilización cristiana».

Porque una Civilización, o una cultura cristiana —girando alrededor de Cristo—, puede encarnar a Pedro y también a Judas, persiguiendo a Cristo vendiéndolo.

Puede también encarnar a Juan o a Barrabás, ya sea acompañándole dolorosamente al pie de la cruz, o bien suplantándolo para su burla y su muerte.

En este sentido, Cristo centra esa cultura, como centró también la vida entera de Israel, y aun la de todo el universo aquella tarde espantosa de su crucifixión: como víctima.

Como blanco de nuestra saliva, de nuestros látigos, de nuestros clavos, de nuestras espinas y de nuestra lanza guerrera.

Hemos hablado de «Democracias».

Se nos ha hablado de ellas en todos los tonos del fervor.

Y es doloroso confesar que para muchos cristianos esa palabra ha sido incorporada a la fe.

Más que romana, la Iglesia parece ser para ellos: católica, apostólica y democrática.

No es que yo esté en contra, como no lo está el Sumo Pontífice, de una estructuración democrática de las naciones que puedan hacerlo. ¿No es acaso democracia, en su más pura realización, la tradición de las Cortes y los Municipios hispanos, tradición que siempre ha sido el cimiento de mis ideales políticos?

Pero no se trata de esto. Se trata de que estemos levantando del fango de una historia indecente una palabra contaminada con los más sucios crímenes para envolver con ella el cuerpo de Cristo. Queremos hacer, de la historia cristiana, escrita por el Espíritu Santo, la historia misma de la Democracia, sucia de actos satánicos y decididamente anticatólica en sus capítulos modernos.

En América, sobretodo, existe ya una relación viva y constante —como la relación entre la Celestina y sus falsas doncellas— entre la estafa al pueblo, la persecución al cristiano, el despojo a la Iglesia y esa palabra ahora canonizada. Yo no dudo que podemos redimirla, pero tampoco dudo que, mientras no esté redimida, es inicuo para la memoria de los Santos y de los Mártires confundir su historia con esa otra historia tantas veces meretriz.

Nuestra democracia hispanoamericana no ha salido aún de sus dos más infames y ya seculares realizaciones: de la dictadura de Judas y la candidatura de Barrabás.

Buscad en toda nuestra historia política democrática una sincera proclamación del reino de Cristo e inmediatamente encontraréis la sangre.

Sólo un plebiscito tiene Cristo a su favor: El plebiscito de los mártires.

Nuestra cristiana democracia no ha sido otra cosa que una renovación, brutalmente impía, de la Pasión de Cristo.

En ciertas épocas es Judas el que monopoliza las formas y doctrinas de gobierno. Épocas que casi siempre se abren con el tradicional beso al Señor en la vida privada y la consecuente entrega de Cristo a la muerte en la vida pública o estatal.

Cuestión de monedas, por un lado, y sentimiento humano, muy humano, por otro. Porque Judas vende al Maestro, porque no

está de acuerdo con su mesianismo divino. Quiere, judaicamente, un *leader* terrenal y político. Prefiere la burocracia a la teología. Se indigna, por tanto, con Magdalena, que gasta su fortuna en un perfume para Cristo, pudiéndoselo dar a los pobres. Humanitarismo. Los bienes de la Iglesia deben ser dados al pueblo. El fanatismo divino, el oscurantismo, debe ser perseguido. Eliminado. Proclamación material, materialista, del reino de éste mundo. Dictadura de Judas.

¿Qué es la Revolución, buscando la redención del pueblo, y crucificando al mismo tiempo al Redentor, sino el más claro signo de que la política gira en la zona de influencias de Judas?

Hace cincuenta años —y todavía la medida es aplicable!— una democracia —para ser democracia— tenía que ser antirreligiosa, laica y, si era posible, perseguidora.

Pero Judas, inevitablemente, cae en el tormento de propio crimen. Vimos, en el Evangelio, devolverle las monedas a los fariseos.

El acto suele repetirse.

Las monedas hoy día se tiran en otros templos; por ejemplo, en el de España. La dictadura de España sí es antidemocrática. Allí el crimen sí es claramente visible. España no es cristiana en la medida de Judas. España está señalada con el infame signo de la Cruz.

Por eso se arrojan sobre ella las monedas de Judas: la culpa.

¡Con el dinero de Judas es necesario comprar —siempre— un campo de sangre!

¿No basta, no estamos saciados ya con lo que se ha hecho en obsequio de los fariseos? ¿No nos abrió los ojos el «haceldama» de la guerra; no condenamos a voz en cuello y en olímpicos discursos la persecución de los germanos contra los cristianos y judíos; no ahorcamos a Judas con el fascismo hasta romper la cuerda y ver esparcidas sus entrañas?

Realmente. Pero es que Cristo no presenta mayores ventajas. La obra de Judas lo ha dejado atado a la columna, y en este momento uno de los representantes de la fuerza lo señala, no sin ironía, totalmente vapuleado: ¡Ecce Homo!

Convengamos, nos dirán, que un Cristo así —con una caña, un manto de loco, una corona de espinas— es ridículo. Lo de Judas es un error. Pero Pilatos ha comprendido la situación, y Cristo no hace nada por salvarse. ¿Por qué se empeña en proclamarse la Verdad? ¿No sería mucho más ventajoso, en este momento de victoria, que se proclamara la Libertad?

Esta es, precisamente, la hora en que Barrabás entra en escena.

El cristianismo de Barrabás consiste en haber sido elegido en vez de Cristo.

Barrabás es la fácil salida, el acomodamiento cristiano, la componenda beneficiosa ante el grito de la masa azuzada o de la fuerza dominante.

Barrabás es el que encuentra la Libertad a costa de la Verdad.

Barrabás busca, al comienzo, quizá de buena fe, escapar de la condena del mundo; pero cuando el dilema se agrava, y es Cristo mismo el precio de su escape, su pecado es el de la cobardía. Barrabás es el hombre que no sabe ser mártir. El perfecto burgués liberal. El nuevo demócrata cristiano.

¿No tiene consigo, completamente, la legalidad? Alguno puede descubrir en él un pasado sucio, pero esto no tiene valor ante un fallo enteramente limpio y perfectamente electoral de la mayoría. Cuando la democracia escoge el error, Cristo debe someterse. Aceptar su cruz. Reanudar su pasión.

¿Cuántos cristianos no han cometido una barrabasada? ¿Cuántos son los que han preferido la corona de espinas al gorro frigio?

Barrabasada es toda libertad a costa de la justicia.

Barrabasada es cobardía: aceptar al mundo porque su fuerza se impone, contrariando la voz del *Éxodo* (23, 2): «No seguirás a los muchos, ni responderás en litigio inclinándote a los más».

Barrabasada es la democracia mayoritaria contra la demacrada solitaria del Redentor crucificado.

Barrabasada es rehuir la muerte, la mortificación de la lucha contra el mundo —bajo la insignia de la cruz—, y dar por salvado al mundo, aceptar la salvación del mundo por sus propios sistemas y fórmulas.

Pero el mundo ya ha sido juzgado.

Todos sus regímenes e instituciones han sido llevados a juicio: Los fascios han flagelado a Cristo. El Parlamento ha votado su muerte. El César la ha autorizado. La mayoría democrática ha escogido a Barrabás. El burócrata de la bolsa lo ha vendido. Lo que hizo falta ayer y hace falta ahora es **espíritu** para reconocer —bajo la sangre y las lágrimas— el divino rostro de la Verdad.

La política no basta. El mundo se ha llenado de sangre para probarlo.

Los políticos engañan. El mundo está poblado de sanedrines, y no es necesario probarlo.

Lo que se necesita es una revolución integral contra la integral revolución que ha hecho desandar al mundo su camino de resurrección para colocarlo de nuevo en el calvario, entre dos ladrones.

Cambio absoluto de normas contra Judas y cambio absoluto de vida contra Barrabás.

Ideas firmes en la Verdad. Ideas al pie de la Cruz.

Vidas entregadas a la Verdad. Vidas crucificadas.

El cristianismo o es subversivo (en el más entero y santo sentido de la palabra) o no es cristianismo.

Sea cual sea el régimen que la Historia exija para cada uno de nuestros pueblos (y conste que la obediencia a la Historia es uno de los caminos para recobrar la Verdad), la redención del pueblo no se logrará con gorros frigos, hoces o martillos, sino con la tremenda presencia del Amor.

Y ese Amor está clavado en una trágica e ineludible Cruz.

Hispanoamérica necesita todo lo contrario de un catolicismo apolítico. Y lo contrario de un catolicismo apolítico no es un catolicismo político, sino una política católica.

Hispanoamérica necesita que su política tenga ese sentido creciente —de ambición absoluta— que expresa el catolicismo cuando el hombre es católico y no cuando el hombre es cobarde.

Sentido creciente de sobrepasar el catolicismo liberal de la religión dentro de casa. De sobrepasar el catolicismo maritainia-

no de la religión dentro de la ciudad. De sobrepasar, incluso el catolicismo de algunos buenos patriotas, de la religión dentro de la nación.

Casa, ciudad, nación no han recibido un Cristo quietista, sino un Cristo crucificado. Un Cristo de brazos abiertos, que ha puesto la señal de su sangre sobre cada punto cardinal, Norte. Sur. Este. Oeste.

Un Cristo misionero.

Y América está crucificada sobre esos puntos de la sangrienta rosa de los vientos cristianos para una misión.

¡Casa, ciudad y naciones al servicio de Cristo!

«América católica», cantó Rubén Darío.

No se tiene ese nombre para que nuestras mujeres recen novenas a los Santos.

Cristo vino a vencer al mundo.

El cristiano viene a vencer al mundo

Y el mundo se vence en todas partes donde el mundo presenta combate.

En «el hombre inicuo y engañador» que llevamos dentro de nosotros mismos. En el que habita la ciudad cristiana y siembra en ella la perversidad. En el que rige naciones y usa su poderío para destruir la libertad y la obra de la Iglesia de Dios.

Y si para el hombre basta el hombre, para el mal social hace falta la obra social. Y para las naciones falta hacen las naciones.

Hispanoamérica ha nacido a la Historia para vencer al mundo. Y su primer paso es unirse para no ser vencida por el mundo.

Nadie ha dicho Estados Unidos de Hispanoamérica. Muchos, sin embargo, han dicho Hispanidad.

No se trata de una sociedad de provecho. Sino de una «unidad de destino».

Unidad de servicio.

Si alguna vez, con lenguaje rubeniano, se ha llamado a esta unidad: Imperio, la palabra no debe tomarse en lo que tiene de antigua ni en lo que tiene de moderna, sino en lo que tiene de molesta.

Yo la usé siempre porque les resultaba desagradable a aquéllos a quienes deseaba desagradar.

A los imperialistas.

Muchos confunden la Hispanidad con el amor a España.

Muchos parecen creer que la Hispanidad es una especie de Panamericanismo español. Una doctrina de Monroe, ejecutada al revés, que trata de arrancar a la tierna e ingenua Hispanoamérica de las manos de un imperialismo (yanqui) para ponerla en manos de otro imperialismo (ibérico).

Si España dejara de existir, tragada por el mar, nosotros tendríamos que ser más hispanistas aún.

Porque con España nuestro hispanismo puede recurrir a España. Pero sin España nuestro hispanismo tiene que reponer a España.

No se trata de amar sentimentalmente a España, sino de continuarla.

Amar a España es amarnos a nosotros mismos.

España es tanto la madre patria de España como de América.

Granada de España es una obra de conquista española tanto como Granada de Nicaragua. Y el hecho de que Andalucía pertenezca a España explica el otro hecho de que España pertenezca a Nicaragua. Porque todos los nicaragüenses, como todos los andaluces, tenemos nuestros antepasados en España. Y si por esa razón Andalucía es ahora española, por la misma razón España es ahora —en Nicaragua— nicaragüense.

He sido imperial.

Es, decir: no he sido nunca imperialista, sino cristiano. Y hay que saber medir lo que significa de amor a la libertad eso de ser cristiano hasta las últimas consecuencias.

Proclamamos la necesidad de la comunidad hispanoamericana movidos, precisamente, por el sentimiento anti-imperialista y por el sentimiento cristiano.

Nuestra libertad no puede ni debe depender de la buena o mala voluntad de los Estados Unidos o de cualquier otro gran

Estado futuro. Nuestros pueblos sólo pueden obtener su plena y efectiva libertad ayuntándose en una sólida comunidad hispánica (cuya necesaria estructuración futura no estoy en capacidad de profetizar), que por sólida respete y proteja las naturales libertades y autonomías de las diversidades nacionales, y por hispánica verte-bre todos aquellos elementos que nos son comunes.

Esto sería formar un «frente unido».

«Defender la libertad contra los imperialismos», dicho en lengua de mitin.

Pero un «frente unido», por lo mismo que defiende la libertad, y por lo mismo que brota de una gran unidad espiritual, produce una fuerza, una posibilidad de quehacer positivo, una capacidad formidable de acción cuyo destino no lo dicta claramente la Historia.

Si existiera en el mundo una fuerza cristiana, como la que somos capaces de presentar todos los pueblos hispanos unidos, las fuerzas del mal no operarían libremente —como hoy día— al servicio de la satanidad en la destrucción de la Historia y de la Civilización cristianas, sino que se verían contrarrestadas, y aun posiblemente vencidas, por las fuerzas del Bien al servicio de la Cristiandad y de la reanudación de su historia.

Esto no es un abominable imperialismo cristiano, nunca —empero— tan abominable como un imperialismo anti-cristiano, sino una comunidad de pueblos al servicio de Cristo, que es tan agradable y santo como un hombre al servicio de Cristo.

¿Es que insistimos en una nueva Edad Media?

Soñamos más bien en una Edad Entera que venga a completar la Edad Media.

Sueño lleno de dificultades y de imposibles. Y, por tanto, el sueño más grato para un hispano.

Porque para él no hay nada más posible que un imposible, ni nada más realizable que un sueño.

Esta edad que vivimos se distingue de todas las otras, porque lo único que se realiza son las utopías.

De ahí que no queramos una repetición, sino una superación de nuestra propia historia.

Nadie nos tacharía de locos si quisiéramos la aparición de otro Bolívar.

Tenemos derecho a querer nuevos Bolívares de una nueva gesta, no tan pobre en sentido religioso como la libertadora, sino al contrario, riquísima en religiosidad, como lo fue aquélla en heroicidad guerrera y romanticismo libertario.

¿El ideal cristiano debe, acaso —por prudencia burguesa—, mantener su vuelo a ras del suelo para que cualquiera caída no sea dolorosa ni incómoda?

¿Desde cuándo el vuelo de un pueblo cristiano no puede ser de cóndor, sino el pesado y rastrero vuelo de una ave de corral?

Ocupamos la geografía como una cruz.

Nuestro destino es una pasión.

Pasión por redimir la Historia.

Pasión o agonía de un gran cuerpo de pueblos en gesta, que clava manos y pies sobre el destino del mundo, y que, con su propia sangre, sangre también en cruz o cruce, está elaborando algo nuevo, el hombre nuevo, la resurrección de Europa, la restauración de la Cristiandad.

Por nuestra crucifixión, por la agonía o lucha de nuestro destino, la Hispanidad tiene no solo una dimensión vocacional, sino todas a la vez. Horizontalmente, vinculando pueblos con un mismo destino. Y verticalmente, anudando razas y clases en un mismo sentido teológico de la Historia y de la vida.

La Hispanidad es demasiado dramática para ser lírica.

Ella, sólo ella, ha heredado la dramática obligación de hacer en sí la síntesis de los tres grandes quehaceres de Occidente. El quehacer de Roma, por el poder. El quehacer de Atenas, por el saber. El quehacer de Jerusalén, por el Amor.

Y he aquí la inquietud.

Inquietud definitiva de nuestra raza.

Por eso Bolívar, que hubiera podido ser un capitán reducida-

mente nacional, siente el quehacer de Roma y obra imperialmente, convirtiéndose en el soldado de todo un Continente.

Por eso Rubén, que hubiera podido ser un poeta limitadamente nicaragüense, siente la vocación de Atenas, y canta ecuménicamente, como vate y profeta de toda la Hispanidad.

Por eso Hispanoamérica, el Continente más abandonado para la herejía y el cisma por las incesantes inmigraciones, por el difícil problema de sus distancias cósmicas, por su índole racial soñadora y mesiánica, ha sido el Continente sin herejías. El Continente de la religión sin límites, sin reducciones; porque sellada en su origen por el sello de sangre de Jerusalén, vive lo católico no sólo como idea y como sentimiento, sino como realidad física. El mestizaje ha convertido a Hispanoamérica en raza universal Católica.

Nuestra obra romana es lograr la unidad de civilización para influir.

Nuestra obra ateniense es lograr la unidad de cultura para trascender.

Nuestra obra jerosolimitana es lograr la unidad religiosa para misionar.

Unidad, no de suma, sino de comunión.

No aritmética, sino apasionada.

Epitalamio de la unidad: Unidad de creación

Por eso Hispanoamérica puede sentirse europea y puede sentirse indigenista.

América comienza en los Pirineos.

Pero también Europa acaba en la Patagonia.

Lo malo de los europeístas es que solo se sienten europeos.

Lo malo de los indigenistas es que sólo se sienten indígenas.

Son los vicios de nuestras virtudes.

Pero ser hispano es sentirse europeo en cuanto indigenista. Y sentirse indigenista en cuanto europeo.

El europeísta que sólo se siente europeo no llega a sentir lo nuevo del Nuevo Mundo.

No es creador.

No posee el dramatismo católico que necesita la Hispanidad para su gran síntesis futura.

No es hijo de los Conquistadores. (Se queda en Europa, fuera de su tiempo, fuera de su linaje).

El indigenista que solo se siente indigenista no llega a sentir lo mundial (lo universal) del Nuevo Mundo.

Tampoco es creador.

No tiene Historia.

Tiene tan solo Arqueología.

No es hijo de los Indios. (Se queda en la barbarie. En la antropofagia intelectual, devorando al hombre español que todo hispanoamericano lleva dentro de sí).

El indigenismo revolucionario de las izquierdas es una mezcla híbrida de Marx y de Las Casas.

La cruz del mestizaje tiene cuatro términos: 1) El español, que se cruza con el indio, hispanizando, es decir, occidentalizando al indio. 2) El indio que se cruza con el español, venciendo culturalmente al español y sumergiéndolo en el Oriente misterioso de su concepción de la vida y del mundo. 3) El español racista, que no se cruza, que se aísla robinsónicamente en su cultura. 4) El indio irreductible, que se aísla cavernariamente en su primitivismo.

Existe una cruz igual de mestizaje hacia arriba. De absorción y conquista de las razas blancas inmigrantes.

América no sólo tiene que hispanizar su raza de profundidad que es la india.

Otros indios hay, quizá más difíciles —razas de extensidad—, que sin tener el sentido americano de la tierra, ni la elegancia espontánea de los dueños milenarios de nuestra naturaleza, llegan a América con leguas y psicologías foráneas a enriquecer nuestro mundo si su absorción es perfecta, o a cuartear la solidez espiritual de nuestra cultura si su incorporación es débil o defectuosa

En ambos mestizajes se dan los cuatro términos de la cruz. Violencia y lucha en las entrañas. Pero la Hispanidad está en el equilibrio de los dos primeros términos. En la mutua conquista. En la mutua incorporación bajo el signo cristiano.

Sólo el indigenismo de las izquierdas puede ser tan absurdo como el hispanismo racista —cifra bastarda frecuente en las derechas—, que solo toma en cuenta lo español, queriendo árbol frondoso, pero sin raíces, sin acordarse que sin mestizaje la Hispanidad en América deja de ser Hispanidad. Que sin indio no hay americano, porque rompemos las conexiones (como los anglosajones del Norte, que son, trágicamente, extranjeros en su tierra) con las hondas y ricas raíces de nuestra naturaleza y de su vitalidad nativa.

Recobremos al conquistador y al misionero, y recobremos al indio. De otra manera, nos perdemos con el indio (indigenismo siniestro), o nos perdemos sin el indio (hispanismo racista).

Dentro de la ecuación de mestizaje la cifra de elevación la da lo hispánico. Lo indígena da la cifra de profundidad.

En el barco de Hispanoamérica, el timonel es **lo español**. Y el timón **lo indio**.

Por tanto, una vez recobrada la dirección histórica —¡el piloto va en la altura!—, el indio deja de ser arqueología para convertirse en algo vivo y sustancial para esa misma historia —¡sin el timón que va en la profundidad, rasgando la entraña misteriosa del elemento, de nada sirve el timonel!—.

Norteamérica es una Europa trasplantada (Babel).

Hispanoamérica es una Europa continuada (Roma).

En la bahía de Nueva York se levanta, sobre el mar, la estatua de la Libertad.

En la altura de los Andes perfora los cielos la estatua de la Verdad.

La ciudad norteamericana es una asamblea de casas. Ciudad sin centro. Libertad de expresión y de pensamiento.

La ciudad hispanoamericana nace alrededor de un centro que es la Iglesia. Ciudad jerárquica. Pensamiento y expresión de la libertad.

Norteamérica es la civilización del «pacto social».

Hispanoamérica es la cultura del «cuerpo místico».

No se trata de dos mundos enemigos.

Se trata de dos vocaciones distintas.

En esto nos basamos para predicar y sostener ardientemente la primacía del hispanismo sobre el panamericanismo.

Anteponer, en el orden de los valores culturales, el panamericanismo a la Hispanidad, es conceder mayor valor a las relaciones geográficas o económicas que a las espirituales. Lo cual es un atentado contra el espíritu y una demostración de decadencia cultural.

Nosotros rechazamos la infiltración de los Estados Unidos más por cultura que por política.

Nuestra cultura es creadora, y por tanto, casta.

Cuando la cultura no tiene ese sentido de defensa —o de autoctonía, coma la llamaron los griegos—, se convierte en civilización meretriz; es decir, híbrida.

Casi todas nuestras ciudades hablan de algo nuevo. Nueva España. Nueva Granada. Nueva Segovia.

Nuestro mundo se llama Nuevo Mundo.

Nuestro hombre será el «hombre nuevo».

Estamos en un acto de creación.

Vamos a las bodas. No al burdel.

Por esta razón, el Protestantismo no sólo es peligro religioso. Es una ofensa política. Y más aún, una amenaza cultural.

Y cuando la atacamos como «disolvente de la unidad nacional», no nos referimos solamente al peligro de su proselitismo numérico; es decir, a la cifra de hombres que resta de nuestra unidad, sino más bien al adulterio que comete en nuestra unidad, a la cuña bastarda que introduce dentro de nuestro proceso creador, prostituyendo una comunidad que necesita desarrollar limpia y vitalmente su tradición cultural sobre el tálamo caltólico.

Para un hispano nada hay más frío y esterilizador que la estrangulación de lo ecuménico hasta su reducción a secta.

El Protestantismo significa para el hispanoamericano la castración más brutal. Porque, conservándole las ansias, lo reduce a un eunuco, que nunca concebirá en sí al «hijo del hombre». Nuestro «hombre nuevo» queda para siempre detenido si entra al

alma del pueblo este **birth control** de su más honda y entrañable creación.

Atacamos al protestantismo por lo que entraña de enfriamiento de nuestra dramaticidad creadora.

Nada más terrible que el emparedamiento espiritual que produce una pseudo-religión, a la que han tapiado las puertas sacramentales que nos daban la salida hacia Dios.

El Protestantismo es la mediocridad de una verdad a medias.

El Protestantismo es el enemigo de nuestra unidad. Es la desunión.

El Comunismo es el enemigo de nuestro destino. La falsa unión.

El uno no nos deja crear.

El otro nos lleva a una creación monstruosa.

El Protestantismo disgrega el «cuerpo místico».

El Comunismo lo falsifica.

El Comunismo es el reemplazo satánico de la comunión.

Así como Cocteau llamaba al licor y al opio «los sacramentos del demonio», así podemos nosotros considerar al Comunismo como lo contrario del misterio del cuerpo místico.

El cuerpo «mítico».

El sueño marxista de una convivencia sin misterio, de un cuerpo sin alma, de una hermandad sin Padre.

Toda la inmensa caridad del misterio católico es aplastada por Satanás contra la tierra como un insecto.

Y en vez de la Iglesia resulta el enjambre.

La comunidad trabajadora bajo la oscura ley implacable del instinto.

La crueldad inhumana de rebajar el destino del hombre a la altura elemental del hambre y la sed.

La unión comunista produciría en América un hijo anterior a los Incas y los Aztecas.

Recogeríamos el fruto en la boca de las cavernas.

O Comunión o Comunismo.

El protestantismo suele disfrazarse de panamericanismo. Con traje geográfico.

El Comunismo suele disfrazarse de indigenismo. En desnudez histórica.

Más que defensa, la Hispanidad es permanente conquista.

Hacia fuera y hacia dentro.

Hacia fuera; en todo lo que podemos hacer e influir unidos.

Hacia dentro: en todo lo que podemos hacer e incorporar uniéndonos.

Cada nación debe tratar de hacer su síntesis propia, conforme las leyes comunes e históricas de esta conquista.

Cada nación conforme sus propias peculiaridades.

Porque la riqueza de nuestra unidad está en nuestra diversidad.

Otros busquen ser uniformes.

Nosotros somos universales.

Uni-diversos.

Cada zona, cada país tiene su misión.

A sus nuevas juventudes corresponde descubrir y luego conquistar ese destino.

No ceder. No ceder. Y, nuevamente: no ceder.

No rebajar la meta del gran propósito.

Si alguno cae: entregue su antorcha, y siga el relevo.

No se hace la Historia completa en una generación.

Cosa pequeña sería la Hispanidad si la encerráramos en nuestros años.

Se nos ha dado el porvenir. El porvenir de veinte naciones en haz.

Soñemos. Invitemos a los soñadores a cantar las dimensiones jubilosas de esa gran fuerza futura.

Trabajemos. Invitemos a los conquistadores a emprender el camino de la aurora.

«En espíritu unidos, en espíritu ansias y lengua».